

## **EL VERDADERO ROSTRO DE LA LOCURA**

Tras un largo viaje en metro en el que fui leyendo los periódicos gratuitos que me iban ofreciendo y oyendo la música que los trovadores de las profundidades de la ciudad tocaban con sus raídos instrumentos y sus manos ennegrecidas por la mendicidad, llegué a la estación en donde debía bajarme. Al salir a la calle, vi un edificio de arquitectura modernista que se erguía enfrente. Era el museo en el que se hallaba la exposición que me habían recomendado mis colegas psicólogos, para que pudiera dar mi punto de vista como profesional de la salud mental sobre lo que allí viera. El frío del invierno penetraba hasta lo más hondo de mis huesos. Unas ligeras gotas de lluvia empezaban a caer sobre la gran ciudad, y al instante, una nube de paraguas de abría a mi alrededor, mientras la gente caminaba deprisa, buscando algún lugar donde resguardarse. Llegué a la entrada del museo aterido y con mi largo pelo mojado. Busqué entre los carteles la sala donde tenía lugar la exposición. Enseguida lo encontré. El pintor tenía por nombre Alejandro Sánchez, y, según se decía, vivía recluido en un hospital mental desde casi los albores de su existencia. Su estilo era difícil de clasificar. Según fui informado, en su paleta de podía encontrar la vivacidad del expresionismo alemán, junto con una ecléctica amalgama de tendencias vanguardistas. Algunas obras, por su temática abstracta, habían sido comparadas con el mejor Kandinsky; en otras se decía que había puntos en común con el cubismo de Juan Gris o Picasso. La conclusión final, según los expertos, era que Alejandro constituía un extraño

puente entre la pintura de vanguardia y la enloquecida obra sanguinaria de un Caravaggio. A mí, como estudioso de las profundidades del alma, lo que más me interesaba era hallar las conexiones entre lo que reflejaba su pintura y su enferma psiquis. Mi tesis sobre las causas de la locura estaba llegando a su fin. Habían sido dos años de grandes esfuerzos, en donde no paré de bucear por la mente humana, buscando las causas por la que un hombre llega a perder el control de la realidad y se sumerge en los abismos insondables de un mundo interior desquiciado. La obra de Alejandro Sánchez pondría punto y final a mi tesis, como resultado definitorio de lo que significaba una mente perdida.

La exposición tenía lugar en la segunda planta. A la entrada se ponía ver una multitud arremolinada, esperando con curiosidad a ver la obra de Alejandro. Todo su trabajo había estado siempre resguardado en el hospital, y tan sólo algunos estudiosos del arte, junto con los médicos que le atendían, habían tenido el privilegio de observar sus pinturas. Era por ello que su obra estaba envuelta por un aura misteriosa, ajena al público en general, recluida en un mundo de paredes blancas y medicamentos, lejos de los círculos artísticos de la urbe, lejos de la crítica, y alejada, por su puesto, de toda mercantilización del arte. Ésta iba a ser la primera vez que sus cuadros se expondrían al público. La curiosidad y el misterio se unían en aquella segunda planta del más importante museo de arte moderno de la ciudad. Uno de los guardias de seguridad cortó la cinta que daba acceso a la exposición, permitiendo que la gente fuera entrando en la sala.

Mi primera impresión cuando vi sus cuadros fue de horror. Parecía que toda la fealdad del mundo se hubiera concentrado en aquellas obras. En comparación con ellas, las

pinturas negras de Goya parecían cuentos de hadas para niños. De las pinturas de Alejandro parecía emanar un cierto hedor, el cual no se sabía si era por el tiempo que las obras habían estado recluidas en el hospital, o era simplemente que la psiquis, al ver aquello, ella misma fabricaba un abanico de sensaciones que diera consistencia global a aquel mundo onírico perverso y enloquecido. Los primeros comentarios de la gente fueron que las pinturas parecían estar vivas, como si de un momento a otro uno fuera a saltar e introducirse en ellas. El primer cuadro en el que fijé mi atención con detenimiento estaba formado por un gran cielo negro y rojo, con una única nube en su centro, desde la cual llovían gotas de sangre y heces sobre un río pútrido de agua negra. No había resto de vida inteligente en el cuadro, era como si aquella escena hubiera sido creada por un Dios que odiaba la vida y amaba la muerte, lo inerte, lo oscuro. Sin embargo, cuando uno observaba el cuadro, parecía estar dentro de él, como si el observador y lo observado se fundieran en uno. Y era en esos momentos cuando uno creía ser el autor responsable de aquella siniestra obra que reflejaba una naturaleza destruida y mancillada.

Otro de los cuadros mostraba un monstruo de ojos sanguinarios, con la boca abierta mostrando dos enhiestos colmillos, de donde emanaban unas gotas de un fluido verdoso y viscoso. El monstruo parecía no tener piel, pudiéndose observar sus vísceras, sus huesos carcomidos, su sangre verde y sus tendones afilados. Unos cuantos gusanos emergían del interior de su cuerpo, peleándose entre ellos por ser los que devoraran los pocos pedazos de piel que quedaban. Al observar la mano derecha del monstruo, pude apreciar que allí había un fajo de billetes rodeados por un círculo refulgente.

En otro cuadro, unos fantasmas blancos deambulaban uniformes sobre una larga acera, amplia y vacía. Los ojos de los fantasmas miraban de manera inexpresiva, como si les hubieran arrancado el alma y la hubieran sustituido por una serie de órdenes programadas que les obligaban a todos ellos a moverse de esa manera mecanizada, sin más fin que el de buscar un horizonte alejado donde sus pesadillas pudieran concluir. Pero no había esperanza para los fantasmas, como se podía deducir de sus ojos sin luz ni vida. Estaban condenados a vagar por aquella acera durante toda la eternidad, mientras otros seres espectrales les vociferaban para que anduvieran más aprisa

Todas las obras tenían un colorido y expresividad exultante, aunque fueran negras y desagradables. Parecían pintadas con gruesos trazos, sin mostrar demasiado detenimiento en las formas ni en las siluetas. Cada pincelada parecía un impulso del inconsciente, un grito perdido en el vacío, un anhelo por escapar de una jaula de metal donde los pensamientos de los otros cerraban las puertas a los suyos propios. Ese hombre parecía pintar tanto con el inconsciente, como con la consciencia, como con la supraconsciencia. Es decir, había partes en sus cuadros realizadas según impulsos interiores que surgían de unas profundidades a las que nadie tenía acceso. Sin embargo, también parecía haber un propósito y un significado en sus obras, lo cual significaba que en una parte de su consciencia existía una cierta lucidez. Y por otro lado, en una parte de aquellos cuadros se adivinaba un anhelo de eternidad, de fusión mística, de trascendencia del ego, como si el autor hubiera alcanzado un estado de consciencia más elevado que le permitiera distanciarse de los procesos mundanos externos y adentrarse en un estado de interiorización meditativa.

Al ver la impresión que causaban estas pinturas en los demás espectadores, me quedé estupefacto. Una elegante señora, que rondaría los cincuenta años, parecía sentirse indispuesta, como si fuera a vomitar. La gente que se congregaba para observar su cuadro de mayor tamaño, el cual ocupaba casi la totalidad de la pared del fondo de la sala, parecía sentirse presa de unos extraños estados de convulsiones y espasmos. En uno de los rincones, un joven de nariz aguileña, piel aceitunada y de mediana estatura, vestido con un traje negro y una corbata de seda, vomitaba de rodillas, con una mano en su estómago y otra en su frente. Sus restos se fueron esparciendo por el suelo, llenando la sala de un cierto hedor que parecía introducirse en aquellos siniestros cuadros. La mayoría de los asistentes abandonaron la exposición a los pocos instantes, entre mareos, convulsiones, espasmos musculares, y con gestos de terror dibujados en sus rostros. Quizá por mis muchos años ejercitándome en el autodomínio y en el control de mis emociones, pude evitar la somatización que las pinturas ocasionaban en los demás asistentes, manteniéndome erguido, sereno y sin poder dejar de observarlas. Aquellos vivos colores que reflejaban un mundo de crueldad y horror inimaginables me atraían y me intrigaban, como si en ellos estuviera representada la ecuación final con la que concluiría mi tesis: una especie de prueba empírica que acercaría el conocimiento científico a los insondables avernos a los que es desterrada la cordura. Mi siguiente paso tendría que ser adentrarme un poco más en aquel infierno, e ir a visitar en persona al autor de aquellos horrores. Apenas podía imaginar cuál sería su rostro, ni su mirada, ni su forma de hablar, ni cuáles serían sus pensamientos, o si en ellos habría un atisbo de lucidez y entendimiento. No quedaba más remedio, habría que descubrir todo aquello con mis propios ojos. Me sentía como si fuera un sacerdote que

se dispusiera a enfrentarse cara a cara con el mismo demonio. Una especie de lucha entre el bien y el mal, entre la cordura y la locura, entre la razón y el lado oscuro que en ocasiones la domina.

Lo primero que hice al día siguiente fue llamar al centro de salud mental, presentarme como psicólogo, y solicitar una cita para ver en persona a Alejandro Sánchez. Después de dar mis datos personales, la voz del otro lado del teléfono, que parecía pertenecer a una mujer joven, me preguntó cuál era el motivo por el que quería conocer a Alejandro, ya que éste no había recibido una visita desde casi su internamiento. Dije que el motivo era tanto científico como artístico, y, sin dar más explicaciones, colgué el teléfono.

La tarde de invierno oscura nació entre un manto de lluvia intensa que golpeaba la ciudad con saña. Me pertreché entre mi abrigo y cogí el coche que me llevaría al lugar que había estado esperando desde que vi aquellos cuadros. Me sentía inquieto, curioso y entusiasmado. El hospital se ubicaba a diez kilómetros de las afueras de la ciudad, en una inmensa explanada llena de naturaleza; un ambiente tranquilo y bucólico, aunque en una tarde de frío acuciante y tormenta salvaje como aquella, nada parecía irradiar paz. Tras media hora de tráfico intenso, llegué al hospital. El edificio era blanco, frío y aséptico, con rejas en todas las ventanas y una gran puerta de entrada en su centro, en cuyo frontispicio se podía leer el nombre del lugar: “Centro de Salud Mental Nuestra Señora de los Desamparados”. Cuando bajé del coche, la lluvia era aún más intensa y un fuerte viento arreciaba de manera despiadada, haciendo ulular los árboles que se extendían por los montes de alrededor, en un gran canto de la naturaleza que contrastaba con el profundo

silencio que emanaba de aquellas paredes vacías y enrejadas que tenía enfrente. Al entrar, vino a mi encuentro una joven enfermera, vestida con una minifalda blanca que dejaba a la vista unos esbeltos y largos muslos. Su sonrisa se abrió paso entre unos labios sensuales y alegres, de manera delicada y sincera. Pensé que quizá la visión de aquellas piernas y de aquel rostro sería el único momento feliz que tendrían los internos a lo largo del día, y el único puente que les podría conducir al otro lado, a donde estamos los demás, los que con más o menos acierto nos llamamos cuerdos.

Después de contrastar mis datos con mi DNI, la enfermera me llevó hasta el director del centro, el cual, al enterarse de que yo también era un profesional de la salud mental, solicitó expresamente tener una charla conmigo antes de que viera a Alejandro. Tras las oportunas presentaciones, la enfermera nos dejó solos a los dos. El director se llamaba José Luis Torres, y era un hombre bajito, encorvado, algo regordete, con una ligera perilla y una amplias gafas que casi ocultaban la presencia de unos ojos pequeños y marrones, que me miraban con cierto asombro y extrañeza por mi visita a aquel lugar y por mi deseo de ver a Alejandro.

- Me gustaría que me hablara un poco de la vida de este artista tan peculiar, cómo llegó aquí, cómo fue su infancia... en fin, todas esas cosas.
- La vida de Alejandro ha sido ciertamente dramática. Parece uno de esos casos en los que la desgracia se cierne alrededor, como si uno hubiera venido al mundo con el único fin de encontrarse con el sufrimiento. Nada más nacer, sus padres le abandonaron en un contenedor de basura. Gracias a Dios, alguien le vio antes de

que muriera y le llevó al orfanato donde vivió hasta los quince años. Cuentan que era un niño extremadamente singular y problemático. Él estaba convencido de que no era como los demás, que su origen era diferente.

- ¿Qué ha querido decir exactamente con eso?
- Bien, nosotros creemos que las terribles dificultades de sus primeros años de vida le causaron un hondo desprecio por la raza humana, lo que le llevó a inventarse un supuesto origen diferente, para así poder decir que él no pertenecía a esa misma raza. Él no quería ser humano porque despreciaba lo que eso significaba. Los humanos le habían arrojado a un mundo hostil, en el cual él se sentía desamparado. Sus problemas para relacionarse con el resto de los niños eran tan grandes como su inmenso talento para el dibujo. Era un chico solitario, incapaz de entender lo que ellos les decían, con una rotunda aversión hacia toda norma o imposición, pero a su vez, dotado con un genio que le hacía sentirse aún más único en aquel mundo triste y carente de afecto donde le había tocado vivir. Los responsables del orfanato se percataron al instante de la complejidad de la mente de aquel chico, así que decidieron que lo mejor para todos era que Alejandro estuviera entre profesionales de la salud. Cuando el artista vino contaba con quince años de edad. Su mirada parecía presa de un extraño pánico que le alejaba de todo sentimiento de alegría. En sus primeros días se negó a tomar alimento alguno; su deseo era que su cuerpo se hiciera más famélico y descarnado, para que así pudiera ser evaporado, reducido a polvo, convertido otra vez a la nada. A Alejandro le obsesionaba la idea de retornar al principio del todo, cuando aún no había nacido ni había conocido lo que significaba estar vivo en un mundo que él no había elegido. Con el paso del tiempo,

parecía que Alejandro hacía algunos progresos. Empezó a emitir sus primeras palabras, como si él mismo también luchara por salir de su prisión interior y anhelara algún tipo de comunicación con sus semejantes. Lo que más nos llamaba la atención era su indisciplina y su comportamiento altanero y extravagante, ya le digo que, en cierto modo, se sentía por encima del resto, como si los demás fueran seres mediocres que no tenía el más mínimo derecho a imponer a Alejandro ninguna norma. Al muchacho le gustaba pasear desnudo por el hospital, exhibiendo su cuerpo sin pudor alguno. En ocasiones orinaba en las esquinas, en otras se retorció por el suelo, y en otras se quedaba preso en un mutismo largo, ausente, como si hubiera sido desconectado de todo estímulo externo y toda atención fuera dirigida hacia sus propios procesos internos. Estos largos silencios acababan con una sonrisa infantil e ingenua, una sonrisa tan misteriosa como su propia persona.

- ¿Existía alguna persona con la que tuviera algún trato especial?, ¿alguien a quien le contara sus inquietudes más profundas?
- Bueno, quizá la única persona con la que Alejandro hablaba algo era Beatriz, la enfermera. A veces se quedaba mirándola sin pestañear, queriendo retener su imagen muy dentro de él, para posteriormente pintarla una y otra vez. Alejandro hizo miles de dibujos de ella, y eran los únicos en donde se podía encontrar un atisbo de alegría y belleza. Allí no había fealdad, ni temas oscuros, ni monstruos, ni ambientes infernales, sólo una paz cristalina que delataba el inmenso potencial de aquel artista. Así nos dimos cuenta de que Alejandro no odiaba la belleza, sino que sólo la encontraba en un único lugar. Temerosos de que aquella obsesión pudiera ser peligrosa, aunque bien es cierto que Alejandro en raras ocasiones mostraba signos

de agresividad, decidimos que no fuera atendido por Beatriz. Desde esos momentos, sus silencios se hicieron aún más largos y sus pinturas más abstractas, tanto que era difícil encontrar en ellas ningún tipo de forma definida, pareciendo más bien escalas de colores puestas de manera inarmónica, sin más sentido que el de expresar su odio hacia el exterior.

- ¿Cómo se encuentra en la actualidad?
- Creemos que va haciendo progresos, aunque muy lentamente. Le estamos suministrando un potente fármaco llamado Philianotec, una especie de antidepresivo que pone fin a sus bloqueos mentales y le hace abrirse al exterior. Nuestro objetivo es hacer que Alejandro vaya haciéndose más sociable y comunicativo, más propenso a aceptar las normas de buen grado.
- ¿Piensa que es posible que pueda salir de aquí en breve?
- No lo creo, su capacidad para adaptarse a la sociedad es prácticamente nula. Siente una terrible aversión hacia ella. No sabemos cómo podría reaccionar su mente si se encontrara sin los cuidados y los fármacos que nosotros le administramos. Aquí todo está controlado, dentro de un orden, de unos horarios, de unas normas que poco a poco va aceptando obedecer. Sin todo esto, su mente podría dispararse y entrar en un estado de locura que podría ser tan peligroso para él como para el resto de la gente.
- Ha sido usted muy amable, señor Torres, ahora, si me permite, me gustaría poder visitar a Alejandro.

- Como usted quiera. La enfermera vendrá ahora y le acompañará hasta su habitación. ¿Desea quedarse a solas con él, o prefiera que esté con ustedes alguno de nosotros, por si hubiera algún problema?.
- No se preocupe, no creo que Alejandro sea peligroso. Me quedaré a solas con él.

Al poco rato fui conducido por la misma enfermera de rostro amable y largas y bien torneadas piernas, la cual supuse que era la tal Beatriz de la que me había hablado el doctor, por un largo pasillo en donde estaban las habitaciones de todos los allí ingresados. Tan sólo se oía el rítmico sonido de sus tacones al andar, el cual parecía un tambor misterioso que cortaba el silencio de aquel lugar. Cuando llegamos al final del pasillo, la enfermera abrió la última puerta, invitándome a entrar. Todo suyo, me dijo con una sonrisa, si tiene algún problema no dude en llamarnos. Muchas gracias, contesté yo, han sido ustedes muy amables al permitirme esta visita. La enfermera asintió, mostrándome la belleza de unos ojos verdes que parecían perlas cristalinas. Luego se dio la vuelta y se marchó por aquel largo y profundo pasillo de paredes inmaculadas, dejándome a solas con la locura de aquel artista talentoso. En el fondo de la habitación se encontraban sus instrumentos de pintura, sus pinceles, su paleta y un gran lienzo que no parecía estar acabado. De una de las paredes colgaba un gran crucifijo de madera, con un Cristo agonizante mirando al suelo de manera compasiva. Bajo su mirada celestial, se hallaba una amplia cama de sábanas blancas, con el pintor sentado sobre ella. Olía a medicamentos y a enfermedad, a silencio y a tristeza. Alejandro giró lentamente su cabeza y posó su mirada en mí. Su ojos eran pequeños y negros, y su mirada parecía extraviada, como si la inteligencia que hubiera tras aquellos

ojos se hubiera ido difuminando, ahogada por mares de medicamentos y por ríos de angustia y soledad. Su pelo era inmensamente largo, como si fuera una negra y salvaje cascada que abruptamente bajaba por su huesuda espalda. Su barba, también larga, se encontraba salpicada de prematuras canas, como si la nieve del invierno se hubiera aposentado sobre ella. Alejandro estaba muy delgado. Su esqueleto era un saco de huesos sin ninguna envoltura cárnica sobre él, una especie de débil armadura utilizada únicamente para mantenerse en pie y sobrevivir lánguidamente en aquel pasaje oscuro que era su vida.

- Buenas tardes, - dije con voz entrecortada – ¿puedo hablar unos minutos con usted?.
- Ni siquiera yo mismo dispongo de mi propio tiempo. Siéntase y hable de lo que quiera, pero recuerde que yo me reservo el derecho a permanecer en silencio.
- Está bien. – cogí una silla y me senté enfrente suya. Mirar a ese hombre de cerca era observar una sombra decadente. Me sentía inquieto, sin saber bien cómo empezar la conversación – Mire, yo soy psicólogo, y también me interesa el mundo del arte, así que he venido a....
- Ya, ha venido a ver el rostro de aquel que creó esas pinturas. Una especie de curiosidad insana que no pudo controlar. Pero, ¿qué importa el rostro del creador? ¿acaso ellos quisieron ver el rostro de Dios cuando yo fui creado? ¿acaso fueron a preguntarle por qué me había soltado en este mundo donde se me niega el amor, para mantenerme cerrado y oculto entre estas blancas paredes donde la luz no entra y la vida se desvanece entre horarios y medicamentos?. Yo ni siquiera tengo curiosidad por ver el rostro de Dios, ¿qué más da cuál sea?.

Me quedé sorprendido ante aquella respuesta, pues no me esperaba que ese hombre mostrara esa lucidez. Miré a mi derecha, y, sobre la mesilla de noche, pude ver un frasco de Philianotec. Quizá, gracias a la acción del medicamento aquel hombre estaba dispuesto a hablar conmigo. Él me miraba ahora con esos ojos ausentes y carentes de expresividad, como si no tuviera intención alguna de conocerme porque le daba igual quién fuera.

- Dígame, ¿Por qué pinta esas cosas?, ¿son reflejos de su alma?, ¿es ese el mundo tal y como usted lo ve?
- Yo pinto reflejos de almas. Cuando alguien ve mis pinturas, su propia alma que reflejada en ellas. Por eso horrorizan a la gente. Yo retrato un mundo abyecto porque ese es el mundo que yo conozco, como aquel contenedor de basura donde fui arrojado al nacer.
- Pero en este tiempo habrá conocido a personas buenas.
- Sí, claro.

En ese momento, Alejandro bajó la cabeza, apoyándola sobre sus manos. Sus dedos eran largos y huesudos, y se movían con la precisión de un artista. Un leve gemido ahogado salió de su garganta. Luego alzó la cabeza y abrió sus ojos, que se encontraban anegados en lágrimas. Me miró fijamente durante un largo tiempo, sin importarle que le viera llorar. Este hombre desconocía gran parte de los pudores corrientes que tenemos los llamados cuerdos. Al cabo de breves instantes, se levantó cadenciosamente, envuelto en un mutismo casi hipnótico, abrió las puertas de un armario que se

encontraba en la pared de enfrente, y un montón de dibujos cayeron de manera desordenada al suelo. Alejandro se agachó y los fue recogiendo uno a uno. Todos los movimientos de aquel hombre eran lentos, como si el tiempo no le importase lo más mínimo y las prisas fueran sólo para los demás. Yo permanecí durante todo ese tiempo callado, escudriñando con detenimiento la habitación donde el artista más desconocido de la humanidad pasaba sus horas. Me acerqué a ver la obra que en esos momentos estaba pintando. Era un gran campo desértico y negro, habitado únicamente por unos buitres encaramados sobre una especie de poste. El campo yermo parecía perderse en el infinito, sin que se vislumbrara su final. Todas sus obras parecían tener esa característica; no había final en ellas, el paisaje se extendía hasta el infinito, abarcando más allá del lienzo, como si el artista no quisiera poner límites al horror.

Unos minutos después, Alejandro se acercó a mí con unos cuantos dibujos en sus manos. Me los entregó para que los viera. Allí estaba dibujada Beatriz, con su bello rostro, sus largos cabellos y su torneado cuerpo. Había casi cien dibujos de ella, en diferentes posiciones y lugares. En todos aquellos dibujos no aparecía el hospital por ningún lado, como si ella no perteneciese a ese lugar y no tuviera nada que ver con el resto de la gente que lo cuidaba. Ella pertenecía a otra esfera de la existencia, a un mundo en donde a los niños no se les arrojaba en contenedores, ni a los adultos se les confinaba en habitaciones de paredes blancas donde la luz de la vida desfallece. Ella pertenecía a un mundo en el que todavía era posible sonreír, porque la vida ahí tenía un sentido y no había sido amortajada por manos despiadadas.

- ¿Por qué pintaste tantas veces a la enfermera? - pregunté
- Porque en ella vi una luz distinta que me iluminaba. Sólo ella me trataba con afecto, y fue por eso por lo que la alejaron de mí. Según ellos, yo no merezco afecto alguno, así que yo tampoco debería mostrarlo por ello. Pero Beatriz era distinta, tampoco ella pertenecía a este mundo, ella venía de otros lugares.
- ¿Qué quiere decir con eso de que venía de otros lugares?
- Pues que era diferente a los demás. Ella veía mi alma y no sentía asco ni rechazo. Los demás sólo veían un cuerpo y una mente en la que experimentar con medicamentos que consiguieran aproximarme a ellos. Por eso me obligan a tomar el Philianotec, para que me desconecte de mi interior y me abra a su mundo, un mundo sin afecto y dominado por la avaricia del dinero y el poder.
- Vaya, ¿no quiere usted pertenecer a su mundo?.
- No, ya tengo el mío. Está hecho a mi medida, es más sencillo y en él no existe el tiempo ni la codicia. Su mundo mata y destruye, el mío crea. Por eso yo me dedico a pintar su mundo, para que lo vean tal cual es, con ríos secos, mares contaminados, bosques quemados, animales extinguidos, monstruos avariciosos que buscan poseer más, destruir más, causar más dolor y más guerras. Su mundo es el mundo de mis pinturas, mis creaciones sólo reflejan todo lo que ellos destruyen.
- Ahora me tengo que marchar, muchas gracias por su colaboración.
- También para mí ha sido gratificante recibir su visita. Dicen que soy un loco prisionero de las cárceles de mi interior, que siente desagrado por todo lo que viene del mundo. Puede que estén en lo cierto. Pero también sé ver las excepciones. ¿me permite que le haga un regalo?.

Alejandro fue a buscar uno de los dibujos de Beatriz y me lo entregó. Su rostro de facciones suaves y piel morena aparecía dibujado a la perfección, entre unas montañas que se divisaban al fondo y un límpido cielo azul tapizado de estrellas. Cogí el dibujo y lo guardé entre mis carpetas, junto con los apuntes que había ido tomando de la conversación con Alejandro. El pintor se quedó unos instantes mirándome de manera impasible, y luego se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo. Ese hombre pondría punto y final a mi tesis, en la cual tendría que reconsiderar ciertas cuestiones. Realmente, procede la locura del interior o es éste el que se ve mancillado por la locura de afuera, qué significa estar sano en una sociedad enferma. Todas estas cuestiones venían a mí mente, mientras caminaba por el largo pasillo que daba a la salida. Tras unos cristales observé a tres pacientes que hablaban en el jardín del patio interior. Sus miradas parecían perdidas, extraviadas, navegando en mundos interiores que habían perdido el contacto con la realidad. Pero, ¿quién cortó ese cordón umbilical que les unía al mundo?, ¿quién les mantiene en este centro, lejos de un escenario en el que ya nada tienen que decir?, ¿sería la raíz de sus problemas algún desequilibrio químico en el cerebro o alguna conexión neuronal que falla, o es nuestro propio modo de vida tan desarrollado y mercantilizado el que tiende a producir ciudadanos inadaptados?.

Cuando llegué a la puerta me encontré de nuevo con el doctor Torres, el cual me preguntó acerca de mi entrevista con Alejandro y de la impresión que me había causado.

- Es un enfermo peculiar, ¿verdad? – me dijo – parece el típico caso en el que la genialidad y la locura se entrecruzan por los caminos del Señor, pues muy fina es la línea que delimita ambos estados. Como habrá comprobado, el Philianotec va haciendo sus efectos y los progresos de Alejandro son evidentes.
- Sí, parece que en ocasiones es capaz de escapar de las cárceles de su interior y encontrar un punto de unión con el mundo externo.

Mientras decía esto, saqué el dibujo de Beatriz y se lo enseñé al doctor.

- Un gran artista – me dijo - es una pena que el mundo del arte no conozca estos dibujos, y en cambio sí haya tenido ocasión de contemplar los de la exposición. Cada vez que veía aquellas pinturas sentía una especie de ahogo y mi respiración se paraba por unos instantes. ¿A usted no le causaban esa misma impresión?
- Cuando fui a ver la exposición también fui preso de un gran horror, como muchos de los asistentes. Pero quizá, tras aquella fealdad aún quedara un resquicio para la belleza, sólo que había que mirarla con unos ojos bien distintos, que fueran capaces de penetrar en la misma raíz de los sentimientos.
- Bueno, usted dirá lo que quiera, pero lo que es feo es feo, y no hay manera de verlo de otra manera. Todo el mundo dirá que hay una gran belleza en una obra de Miguel Ángel o Rafael, y a nadie se le ocurriría argumentar acerca de una cierta fealdad en ellas que sólo es posible verla si adaptamos nuestro entendimiento a una percepción diferente.

- Sí, en ese caso usted tiene razón. Bueno, me voy ya, muchísimas gracias por haberme permitido esta visita, me será de gran ayuda para la tesis que estoy escribiendo.
- Muchas gracias a usted por su presencia. Le deseo mucha suerte en su trabajo.

El frío era aún más intenso, aunque la lluvia había amainado considerablemente. Me abroché los botones de mi abrigo y dirigí mis pasos hacia el coche que estaba aparcado a unos cincuenta metros. Tenía que andar con cuidado de no resbalarme por la hierba mojada. Mientras caminaba, me fijé en un cartel viejo, clavado en la hierba, que anunciaba a los que viajaban por la carretera la presencia de aquel lugar. Luego alcé de nuevo mi vista al edificio, escudriñando cada una de sus ventanas cubiertas con frías rejas de metal, hasta que en una de ellas divisé una figura vestida de blanco, de larga barba y ojos tristes y serenos, que observaba mis movimientos. Era Alejandro. Lo saludé con la mano y él me devolvió el gesto con una sonrisa. En esos momentos, se me ocurrió un bello gesto en honor al artista. Saqué un rotulador negro y me dirigí al cartel clavado sobre la hierba. En la parte de atrás del cartel, la que era visible para los pacientes del centro, escribí en letras mayúsculas la palabra manicomio, con una flecha que señalaba a la gran ciudad, donde el polvo y la contaminación configuran una densa nube a la que llaman progreso. Cuando acabé mi pequeña gamberrada, miré de nuevo a la ventana, desde la cual Alejandro se reía sin parar. Supongo que sus risas llamarían la atención de los médicos, los cuales acudirían raudos a administrarle su correspondiente medicación. Para los demás, para los habitantes de las moles de hierro de la gran ciudad

y los que han construido su mundo afín, para ellos no hay medicamentos, aunque sean los que realmente constituyan el verdadero rostro de la locura.

Cuando llegué a casa estaba muerto de frío, aunque feliz por aquel encuentro con el artista y por el nuevo punto sobre el que debía orientar mi tesis. Me di un baño caliente y me cambié de ropa. Luego me tumbé en el sofá y encendí la televisión, en donde estaban dando las noticias. Hablaban del fracaso de público que había significado la exposición de un desconocido artista vanguardista que vivía recluido en un hospital psiquiátrico. Posteriormente dieron la noticia de nuevas muertes en Irak, de nuevos informes desoladores sobre la pobreza en el Sur, de los nuevos índices de obesidad en el mundo desarrollado, de los nuevos tratamientos contra el envejecimiento, de los beneficios de las grandes corporaciones, de los desastres medioambientales, de la precariedad en el trabajo... mientras, las pinturas de Alejandro quedaron en el olvido.